

El otro, el mismo - Alejandro Peruaní

“Freud nos enseña que el buen método consiste siempre en encontrar una misma relación, una misma conexión, un mismo esquema, que se presenta a la vez en las formas vividas, en los comportamientos, y también en el interior de la experiencia analítica”

Jacques Lacan

Cuando las asociaciones se detienen, en el punto cúlmine del fenómeno de la resistencia, Freud nos ofrece un camino para salir del atolladero: hacerle saber al paciente que el analista ha ofrecido su persona, su escenario, sus gestos, algún rasgo, al “falso enlace”. Con satisfacción comprobaremos que el paciente, tarde o temprano, confirma esta hipótesis. La resistencia ha abierto la puerta a la transferencia que por este sesgo denota la presencia de la persona del analista, en la cual podrá leerse su condición contingente de resto diurno.

Lacan sitúa un momento lógicamente anterior, a veces pesquizable como apercepción súbita de la presencia del analista, sobre un fondo de angustia.

Presencia fugaz en el lugar de un gozne que sostuviera el giro de la palabra. Giro que cubre el cierre del inconsciente en el instante en que su realidad estaba por hacerse presente como palabra (1). Palabra imposible, que marca el lugar donde la palabra como tal toma su garantía. Lugar Otro, andere Schauplatz.

No es el yo quien se resiste a entregar su última palabra, por el contrario es el yo quien en su resistencia alisará, rellenará, la sima abierta por la ausencia de tal palabra en el mar de los dichos. La resistencia original es esencial a la dimensión de la palabra misma. Que secundariamente se proyecte sobre ella el sistema del yo y del otro, es lo que vuelve a velar el efecto de estructura allí puesto en juego y lo que abre el juego a la transferencia por su vertiente imaginaria.

Recortemos entonces el hallazgo de ese hecho mínimo, de ese “fenómeno elemental”, cuya interposición resulta a veces aislable como tal. Ese inquietante registro de la presencia que aloja la presencia de la ausencia (doble reflexión hegeliana, escena dentro de la escena) de una verdad por surgir, en el plano de la experiencia.

Son las presencias las que dan sostén, consistencia, al telón de la realidad. Ellas dejan constancia de que no todo es ilusión. Qué en la trama de la realidad, por más plagada de imagerías que se encuentre, hay un hueso. Las presencias se sitúan más acá de la representación. Pero de esas presencias no queremos saber nada. Idéntico tratamiento da Lacan a la realidad en relación a las certezas que preferimos ignorar, pero sin las cuales tal realidad perdería toda consistencia (Seminario 3, pág.109).

Al rescatar estas coincidencias ¿proponemos a la presencia presa de la Verwerfung? ¿Allí donde la palabra se hizo carne y habitó entre nosotros como mitopoematizan las Escrituras?

Si inconsciente son los efectos de la palabra sobre el sujeto, éstos como lo demuestra la experiencia freudiana se estructuran como un lenguaje. Es allí donde la ciencia lingüística nos permite importar términos que despejen las opacidades de la economía freudiana, instalando una nueva transparencia y renovando el rigor de la disciplina.

Mas, aún así, el psicoanálisis no es una rama de la lingüística.

Nos concierne, aún, el real que el lenguaje funda. La función de la causa. El efecto deseo. La inscripción del sujeto.

Pero, si esta línea de escansiones marca una alteridad al pasar de un punto al otro, aún en el caso de atribuirlo a la misma operación, debemos agregar una condición de repetición, de insistencia, de la operación misma.

Si supiéramos que comer, cagar y coger son la misma cosa seríamos como los animales, es decir seres perfectamente motivados. No lo somos.

En cada vuelta de la necesidad, la necesidad de la repetición impone una no coincidencia, a la demanda, entre el punto de partida y el retorno. Desencaje provocado por el obligado paso por el significante.

Rota la armonía imaginada entre los apremios de la vida y los objetos adecuados para su satisfacción (2) por la ausencia del saber que los acoplaría: el instinto, será la palabra misma quien se encargue de restituir la realidad perdida duplicando la vida en una realidad hablada. Pero este susurro nos adormece en el sueño de una realidad virtual. La superficie de la cinta de Moebius se presta para dar figura a ese devenir continuo en el que lo propio y lo extraño se funden en una única dimensión, en la que se pierde toda referencia que distinga al reflejo de lo reflejado.

El deseo del hombre, que ha sustituido toda aprehensión directa de la necesidad, es el deseo del Otro. Porque la necesidad como fuente de toda realidad, y sus imágenes como señales indicadoras de las formas de presencia de esa realidad de las necesidades, han sido desalojadas por la necesidad del Otro. Si las urgencias de la vida han situado una primera geometría real del Ich, haciendo lugar al sentimiento de sí, hegeliano-freudianamente determinado (3); el obrar del otro (4) (la respuesta del auxiliar) ha generado una topología donde todo registro de sí parece indiscernible de los efectos de alienación.

Este campo proyectivo (campo de la conciencia, adormecida en su ser de puro reflejo) conserva el continuo de la banda moebiana integrando en sus recorridos al campo del objeto sin solución de continuidad (se trata entonces de reconocer la estructura del plano proyectivo en la condición reverberante de la función de representación cuando logra sin fisuras acoger en su reducción a lo consabido toda novedad (5); en rigor de verdad, allí no habrá presencias pero

tampoco representaciones sino la silenciosa siesta de loqués, ...“a guardar a guardar cada cosa en su lugar” hasta que cosa y lugar se hagan uno).

Será necesario un corte para tornar a la superficie orientable y orientadora. Pero, este producto se desprende y cae (6). La orientación lograda será, entonces, efímera (instante de la mirada, presencia furtiva, suceso-acontecimiento), el espacio-tiempo volverá a colapsarse sobre el despliegue engañoso del transcurrir moebiano, olvidando la pérdida. “Caramba si yo soy tú lo mismo que tu eres yo”.

Aunque lo que evoca Nicolás Guillén, en este son, tiene un sentido radicalmente diferente. Para el poeta se trata de recordar la misma cosa que somos en ese punto olvidado y perdido, que para él -que es marxista- tomará el nombre de realidad objetiva; “soldado aprende a tirar que no me vayas a herir que hay mucho que caminar...”

Nosotros recordaremos aquello que Freud nos propone al nombrar a das Ding.

Das Ding: lo común del complejo desiderativo y del núcleo del Ich. El punto de enganche en que el prójimo es la misma cosa que el sujeto, área de intersección, punto de simetría, que le permite al yo construirse como cuerpo en relaciones de correspondencia entre sus imágenes y las del otro (7). Proyectarlas en la misma superficie. Ejercer la torsión y el pegado que constituirán la banda moebiana.

Yo a imagen del otro y/o viceversa, cuerpo desdoblado que en definitiva se seguirá proyectando sobre todas la percepciones del mundo (así constituido). Verdadero hojaldre de capas sobrepuestas y fundidas unas en otras. Unidad y proliferación cosmológica por la cual todo lo “dado” (8) es para mi, el hombre, el elegido, objeto de mi deseo, en razón de mi goce.

Y ese yo correrá extraviado en la sala de espejos en su carrera por el borde único, en un trajín febril de equilibrista que no va a ninguna (otra) parte, en un sopor arrullado, o en una furiosa persecución paranoica, toda vez que cierto efecto de desfasaje recorte un objeto y ponga en juego su alienación radical.

Pero, das Ding no es el espejismo. Das Ding es la incrustación del Otro, su respuesta a una pregunta informulada e informulable situada en esa hiancia real, fundante, que Freud tejó a partir de la presunta prematuración humana. Y más allá de que a este tejido se le adscriba el estatuto de hipótesis biológica o el de la verdad de un mito, inscribe la necesidad de situar allí un litoral primero entre la vida y el campo del lenguaje. Será carne tomada por el deseo del Otro sostenido en su decir inaugural. Será carne horadada, presencia del vacío de cualquier ser en sí. De aquí en más, cuerpo perdido. Recobrado en la palabra que lo extraña en los espejismos de su ícubo la imagen especular.

¿Qué pesadilla puede, de aquí en más, despertarnos de este arrullo de las palabras, de este sueño borgianamente circular?

La angustia no engaña. El fenómeno elemental contiene una certeza.

La angustia comunica. La locura en su condición estructural es comunicante.

¿Participan estos momentos de la experiencia de misma localización? ¿La presencia se ubica en el mismo locus?

¿Se trata de modos de presentación de das Ding?

¿Propondremos que das Ding es el nombre freudiano de la losange lacaniana, el nombre -entonces- de la hiancia, el lugar de la relación misma (de lo real de lo simbólico), de la relación que no hay, el nombre del agujero?

A muchas cosas le asignamos estructura de agujero: a la zona erógena, al recorrido de la pulsión, al intervalo entre los significantes en tanto sea bordeado por los efectos de anticipación y retroacción propios de la significación, a la pulsación temporal de apertura y cierre del inconsciente, al fantasma en su mínimo de estructura: el marco, etc. La homología de esta estructura de borde cerrado, en tanto el recorrido implique un “eterno retorno”, con el campo de nuestra práctica arrienda un soporte común a fenómenos y efectos heterogéneos (que promueven oscuridades y potencian el oscurantismo), al tiempo que explica por qué el campo freudiano es por esencia un campo que, al tiempo que se nos entrega, se pierde; que ni bien creemos aprehenderlo está ya, nuevamente, perdido.

La presencia como tal, en el punto en que confluyen todo tipo de efectos de presencia, es efecto de ruptura en la escena sostenida por el discurso común y su siseo reduplicador de las formas del mundo. Es la brusca presentificación de lo Otro o sencillamente del Otro en su radical alteridad, es decir, de aquello que del Otro existe: el objeto “a”.

Toda escena está organizada desde un decir, un mandato, que es al tiempo un punto de vista, una mirada, esta condición sostiene el orden de lo continuo y, si es lícito expresarse así, la neutralidad de la escena a condición de que esa mirada no se vea, que ese mandato no se escuche.

La presencia, entonces, es el punto de naufragio de la escena, el acontecimiento, quizás fortuito (la tuch), que rasga la tela del fantasma para desnudar el marco. Retorno real al punto de lo instituyente. Retorno siempre original de lo real.

La presencia es traumática (9), pero no es necesariamente el trauma en su sentido clínico ni metapsicológico, ya que sostuvimos que cualquier realidad – aún la más conformista- estaba moteada de presencias. En tanto efecto evanescente corresponde a la temporalidad de instante. ¿Podríamos plantearla como una pulsación situada sobre coordenadas distintas que la pulsación del inconsciente? ¿Por qué proponer esta diferencia? Porque la pulsación del inconsciente tiene por correlato la formación del inconsciente, el juego retórico al que da lugar. Mientras que esta función de sostén de la realidad parece perderse en la consistencia de la realidad misma. Aunque quizás, la única diferencia estriba en si hay o no analista que inscriba un efecto de presencia.

Sobre la función del testigo necesario para que la presencia y el campo cuya apertura ha dejado entrever no se pierda, una pequeña historia me sugirió una enseñanza. Se hizo un grieta en el muro. Y ahí quedó. Con el correr de los días se tornó inquietante establecer si la grieta se hacía más grande o seguía igual. Las consecuencias, previsiblemente, no eran las mismas y las observaciones “subjetivas” se hacían cada vez más confusas y poco fiables. Consultado un arquitecto indicó colocar un testigo. Para el caso, una fina superficie de yeso. Siendo un material más friable que el revoque, al más imperceptible movimiento de los bordes del brecha, se quebraría mostrando que la hiancia continuaba “trabajando”.

Sabemos que en Los fundamentos del psicoanálisis, Lacan, no sitúa la presencia sólo como acontecimiento en la intensión, sino como testimonio en la extensión. Entiendo, en la inscripción de la experiencia en términos de transmisión. Es allí que las obras de los analistas en su esfuerzo por hacer público esos restos de su práctica, por poner en obra su insistencia para que no se evapore eso de lo que no se quiere saber nada, para que algo de ese no querer saber sepa sostenerse en el lugar de la verdad, resultan necesarias para la pervivencia del campo freudiano.

Intentamos comenzar a entreabrir el fríjol. Excluimos cualquier idolatría de su cerrado misterio (10). Tampoco apostamos a apoderarnos de su “tesoro” (11). Pero sí, resueltamente, y más allá de los resultados, a establecer -lo más claramente (12) posible- sus coordenadas.

Noviembre de 2004

Notas

(1) Seminario I, El momento de la resistencia, Clase X, pág. 131 y siguientes.

(2) Feliz acople del paraíso perdido, entre el mundo interno y el mundo circundante, que imaginamos bajo las figuras mistificadas del buen salvaje y del animal de Animal Planet.

(3) Superficie delimitada por la eficiencia de la huida ante la estimulación exógena y su fracaso frente a la endógena (Proyecto). Función del apremio (traducción de FCE de la Fenomenología del Espíritu –Hegel) o del deseo (traducción de A. Kojève) en el sentimiento de sí.

(4) Término hegeliano de la dialéctica del amo y el esclavo, por el que la autoconciencia reconoce como objeto a otra autoconciencia: en tanto obra para sí y para la otra como la primera obra para sí y para la otra.

(5) Fórmula freudiana de la comprensión (Proyecto), sostén del conocimiento en tanto operación de proyección (Justificación del Inconsciente, en El Inconsciente).

(6) Recordemos que el resultado de un corte no trivial sobre la superficie del plano proyectivo son dos superficies: una cinta de Moebius y un disco plano. Que la primera sirve de sostén a la realidad, donde se juega el giro permanente entre el yo y sus objetos, es decir operaciones de identificación o pegado (Esquema R de De una cuestión preliminar...) y la segunda, posteriormente resulta identificada con el objeto "a". El disco plano es una superficie con un borde cerrado capaz de establecer una demarcación entre un interior, el disco mismo, y lo exterior a él, y que posee dos caras (anverso y reverso) de los que el borde es frontera.

(7) Complejo del Nebenmensch, en el Proyecto.

(8) Término escatológico, en todos sus estrictos sentidos, ya que la oblatividad de Dios, así connotada, encubre su condición de fantasma anal.

(9) trauma perforación, desgarró, herida.

(10) musthion misterio, arcano, secreto, de muo ciero.

(11) Presunción que supondría idéntica idolatría.

(12) Por qué avergonzarse por pretender la Aufklärung. Alguien decía, creo que acertadamente, que todos los intentos por reconducir el psicoanálisis al campo de la ciencia habían terminado en el fracaso más rotundo cuando no en el ridículo. Pero, yo me pregunto qué será del psicoanálisis cuando se termine de dar el paso tendiente a desentenderse en forma radical de ese intento en fracaso por inscribir su experiencia en el campo de la ciencia (entiendo por tal, el esfuerzo por la formalización, los recurso lógico matemáticos, etc).